

## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

**Felicidad del cristiano que se somete fielmente á la doctrina de Jesucristo.**

*Ecce Mater meo, et fratres mei. Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est: ipse meus frater, et soror, et mater est.*

Ved aqui mi madre y mis hermanos, porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y hermana y madre.

Math. cap. XII, v. 49 y 50.

Hubo un pueblo tan extraordinariamente favorecido de Dios, como ingrato á sus beneficios: hablo del pueblo de Israel, escogido entre todas las naciones para teatro de las misericordias y bondades del Excelso, á quien ellos repetidamente volvieron las espaldas entregándose á la idolatría. No hay que estrañar conociendo la propension de los israelitas al error, que habiendo Jesucristo aparecido entre ellos no le conociesen por mas que con sus continuos prodigios manifestase bien claramente su divinidad. Los doctores y sacerdotes que se preciaban de sábios y de entendidos en las Escrituras, no veian ni comprendian cómo

en la persona de Jesucristo ibanse cumpliendo todas las predicciones de los Profetas en orden al Mesías que habia de venir para salvar á la humanidad. Micheas habia saludado lleno de entusiasmo á Belen mas de seis siglos antes de la venida del Redentor, felicitándole por ser el lugar destinado para el nacimiento del que habia de reinar en Israel, cuya generacion es eterna (1), Isaias habia dejado consignadas circunstancias notables de su nacimiento, y habia visto en espíritu venir los reyes de Arabia y de Sabá á ofrecerle en tributo de homenaje y reconocimiento de su soberanía el oro y el incienso (2). Otra profecía de mucha mas antigüedad que las anteriores, y es de Jacob, afirmaba que no saldria el cetro de Judá hasta la venida del celestial Enviado (3). Estas y otras profecias que viéronse cumplidas con exactitud en la persona de Jesucristo, no bastaron ni fueron suficientes para que le reconociera aquel pueblo que mas adelante habia de convertirse en deicida, crimen horroroso que pesa sobre su cabeza, y en castigo del cual sufre todo el peso del anatema del Eterno.

Acababa Jesucristo de hacer dos prodigios que por sí mismos daban á conocer la omnipotencia de que estaba revestido. Tales fueron el de restituir una mano á un hombre que la tenia seca, y el de curar repentinamente á un endemoniado ciego y mudo, de suerte que como dice el Evangelio habló y vió. El pueblo sencillo que ninguna preocupacion tenia contra Je-

(1) Et tu Bethlehem Ephrata parvulus es in millibus Judá: ex te mihi egrediatur qui sit dominator in Israel, et egressus ejus ab initio, á diebus æternitatis. Mich. cap. V, v. 2.

(2) Isaias cap. LX. v. 1.º et seq.

(3) NON AUFERETUR sceptrum de Juda, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium. Gén. cap. XLIX. v. 10.

sucristo, se admiraba al ver efectuar obras tan estu-  
pendas y decia: ¿será este por ventura el hijo de Da-  
vid? Mas los fariseos conjurados ya contra el Nazareno  
decian. Este no lanza los demonios sino en virtud de  
Belcebub, príncipe de los demonios. Como si no hu-  
biesen sido testigos oculares de tantos prodigios, des-  
pues de santas instrucciones dadas por Jesucristo, se  
acercan á él varios de los escribas y fariseos con la in-  
tencion mas dañada, y le dicen: *Maestro, queremos ver  
una señal de tí: esto es, queremos que hagas un mila-  
gro.* Si estaban viendo los que obraba el Señor conti-  
nuamente, dice con mucha oportunidad el máximo  
entre los doctores san Gerónimo, ¿por qué piden aho-  
ra uno nuevo para creer en él? Es, contesta el mismo  
Padre, porque buscaban un nuevo pretexto de calum-  
niarle, sin ánimo de rendirse á la verdad. Mas Jesu-  
cristo responde en estos términos á su maliciosa peti-  
cion: «La generacion mala y adulterina señal pide:  
mas no le será dada señal, sino la señal de Jonás el  
Profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias y tres  
noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo  
del hombre tres dias y tres noches en el corazon de  
la tierra.» Jesucristo, segun continúa el Evangelio  
de este dia, sigue con ellos el razonamiento, dicién-  
doles que los Ninivitas y la reina de Sabá se levanta-  
rán en juicio contra ellos; aquellos porque hicieron  
penitencia por la predicacion del Profeta Jonás, y es-  
ta porque vino de lejanas tierras á oír la sabiduría de  
Salomon: «y estando en esto, como le aguardasen fue-  
ra su madre y hermanos, le dijo uno; mira que tu ma-  
dre y tus hermanos, están fuera y te buscan. Y res-  
pondiendo Jesus al que hablaba le dijo: ¿quién es mi  
madre y quiénes son mis hermanos? Y estendiendo la

mano hácia sus discípulos dijo: «Ved aquí mi madre y  
mis hermanos, porque todo aquel que hiciere la vo-  
luntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi  
hermano, hermana y madre.» Tal es, mis amados  
oyentes, el testo de nuestro Evangelio, del que se  
desprenden abundantes reflexiones utilísimas en sumo  
grado para la salud de nuestras almas.

No es ciertamente mi ánimo detenerme en com-  
batir la incredulidad del siglo en que vivimos, en que  
por desgracia hay muchos hombres que imitando la  
locura y ceguedad de los fariseos piden aun nuevos mi-  
lagros para creer en Jesucristo y en la religion que  
fundara. Inoportuna me parecería mi narracion en estos  
momentos, toda vez que me dirijo á un auditorio, que  
si bien compuesto de personas que pueden haber ofen-  
dido á su Dios por el pecado, no creo que incurran en  
esa negra incredulidad. Empero fijándome en las úl-  
timas palabras de Jesucristo, y deseando que no lle-  
gueis jamás á pareceros á aquellos que no creyendo  
las palabras del Salvador, y por consiguiente ni en  
su doctrina ni mision divina, voy á reducir el dis-  
curso, haceros ver *la felicidad del cristiano que se some-  
te fielmente á la doctrina de Jesucristo.* El que obedece al  
Salvador hace la voluntad del Eterno Padre, y es lla-  
mado por Jesucristo su hermano y hermana y madre.  
¡Qué palabras de tanto consuelo para los verdaderos  
servidores del Señor! *Quicumque enim fecerit volunta-  
tem Patris mei, qui in caelis est; ipse meus frater, et soror,  
et mater est.*

Para el mejor acierto impetremos los auxilios de  
la divina gracia por la intercesion de la Virgen María,  
saludándola respetuosamente con las palabras del An-  
gel. *Ave Maria.*

## REFLEXION ÚNICA.

No es cierto, como dicen muchos pusilánimes, que no hay virtud en el presente siglo, en que el error ha ganado el imperio de los corazones. Desde que Adán, nuestro primer padre, fué colocado por Dios en el Paraíso, siempre y en todo tiempo ha existido una terrible lucha entre la verdad y el error, entre la verdad y la mentira. El ángel de las tinieblas engañando á Eva, introdujo en su corazón la malicia y el error, que se viene propagando de generación en generación. Combates mas ó menos fuertes y encarnizados, diversidad de errores, y mas ó menos malicia é impiedad es lo que distinguen unos siglos á otros. Llamamos, por ejemplo, al siglo XVI el siglo de los sábios y de los santos, principalmente en nuestra España, porque es en el que ha habido mas piedad y menos irreligiosidad, y al XIX que vamos atravesando, el siglo de la corrupción, porque es mas productivo en la maldad que en la piedad: pero ni en aquel faltaron errores, ni en este dejan de verse para nuestro consuelo miles de seguidores de las buenas y verdaderas doctrinas.

Ahora bien, y siendo una verdad que cada siglo se diferencia de los otros por su carácter particular, ¿cuál es, mis hermanos, el carácter del nuestro? El carácter particular de este siglo no dejareis de conocer que es la aversión y odio al yugo de toda autoridad así divina como social; el olvido de Dios, el menosprecio de sus leyes santísimas y de todas las cosas santas, y un libertinaje é impiedad que bautizado con halagüeño nombre, tiende á cortar las

ligaduras que al hombre imponen deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. No ignorais por cierto la historia contemporánea, y bien podeis conocer que ella no es otra cosa que la historia de terribles luchas de la impiedad contra la verdad. Las plumas que mas han trabajado por proclamar la libertad de los pueblos, han sido las primeras en destruir la libertad en que Jesucristo constituyó á su Iglesia. Y con la pluma la espada, y con la espada la tribuna, y unido á todo esto la insensatez popular, instrumento en todas épocas de los ambiciosos planes de los magnates y poderosos, todo contribuyó á que viéramos apagada la lámpara del santuario, y despojados los templos de sus vasos sagrados, y empobrecido el culto y sus ministros, y derribados templos suntuosos, y corrompida la juventud; y los maestros del pueblo, los que recibieron de Jesucristo el mandato de enseñar su doctrina, los que santificándose á sí mismos santificaban á otros con sus palabras y ejemplos, hechos cadáveres entre los escombros del santuario, ó vertida su inocente sangre en motines cuya bandera era necesariamente conducida por el espíritu de Satanás. ¡Y todo esto hecho en nombre de la civilización!... ¡Qué contrasentido mas monstruoso!!! Yo veo, señores, al través de tantas desgracias un porvenir venturoso; yo veo ¡loado sea para siempre el bondadoso Dios que protege á nuestra España! veo con placer que nuestra sociedad presenta un nuevo aspecto; veo esa nueva juventud que llena los templos ávida por escuchar la doctrina del Evangelio; veo en suma volver á aparecer los tiempos de la proverbial piedad española. Pero la impiedad no ha muerto; está

sí escondida como el fuego bajo la ceniza, y no deja de desprender algunas chispas, que pueden producir terribles incendios. Necesario es precaverse, y ved por qué me ha parecido llamar hoy vuestra atención al recuerdo de vuestros deberes religiosos.

Y desde luego, sois cristianos, hijos de la católica Iglesia: pues bien, huid de todo aquel que quiera apartaros de vuestra madre; cerrad vuestros oídos á toda doctrina que choque con la doctrina de Jesucristo; cuando los impíos os digan; uníos á nosotros y sacudamos el yugo de la religion (1), contestad vosotros, no; de ningun modo nos apartaremos de nuestro Maestro; de ningun modo abrazaremos otra doctrina que la suya, pues no queremos las tinieblas del mundo, y preferimos ser alumbrados por su refulgente luz (2). Hacedlo así, hermanos míos, y mirad que no hay verdad fuera de Jesucristo: todo camino que no sea Jesucristo nos conduce á la perdicion, pues que él solo es el verdadero camino para la salvacion: *Ego sum via*; todo dogma, toda doctrina que no sea la de Jesucristo es falsa de todo punto, puesto que él mismo ha dicho: Yo soy la verdad. *Ego sum veritas*. En Jesucristo se halla la vida: todo lo demas es muerte y muerte eterna. *Ego sum vita* (3). Ved aquí por qué establecí que es feliz el cristiano que se somete fielmente á la doctrina de Jesucristo.

Muchos caminos nos presenta el mundo por donde podemos dirigir nuestros pasos; el camino del placer y del deleite, el camino de las riquezas, sea cual-

(1) Projiciamus á nobis jugum ipsorum. Ps. II, v. 3.

(2) Qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ. Joan. cap. VIII, v. 12.

(3) Ego sum via, et veritas, et vita. Joan. cap. XIV, v. 6.

quiera el modo de adquirirlas; el camino de los aplausos mundanos atraídos por una ciencia tal vez de perdicion; empero contemplad, señores, con madurez y verdadera filosofía qué es todo esto, qué significa cuanto el mundo os presenta, y conoceréis como conoció el Sábio, que todo es vanidad de vanidades (1). ¿Y á dónde conducen esos caminos tan trillados por desgracia, esas sendas en las que se ven grabadas tantas y tan innumerables huellas? ¡Ah! que conducen al sepulcro: son muy inconstantes las cosas humanas, pero digo poco, ¡conducen al infierno!... ¿Y Jesucristo, que dice de sí mismo que es el camino, á dónde os conducirá? No á otra parte que al reino donde se disfruta la positiva felicidad, á donde no hay vanidad ni afliccion de espíritu, á donde todo es verdadero placer y puro gozo, al reino de los cielos: pero este camino que os debe conducir á la patria, no puede andarse sin provisiones: es necesaria la fé en sus palabras, la esperanza en sus promesas y la caridad practicada al modo que nos advierte el Apóstol: la humildad, la castidad, la obediencia, los preceptos de Dios, la conformidad y resignacion en los trabajos de la vida, la ciega confianza en Dios; ved aquí á que se reducen las necesarias provisiones que se nos exigen. ¡El camino de la cruz qué hermoso es para ir al cielo! El hombre ambicioso y lleno de codicia, cuyo corazón nunca se ve satisfecho; el que pasando sus días en los placeres y en la gula, vive en el olvido de su Dios; el soberbio que lleno de altanería quiere avasallar, si posible le fuera, al mundo entero; la mujer que no queriendo mortificarse por Dios, cas-

(1) Vanitas vanitatum et omnia vanitas. Eccle. cap. 12, v. 8.